www.loqueleo.es

Título original: *The Adventures of Tom Sawyer*, Mark Twain
© De la adaptación del texto: 2022, Ana Alonso
© De las ilustraciones: 2022, Antonia Santolaya
© De esta edición:
2022, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.
Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.
Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-401-3
Depósito legal: M-20136-2022
Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2022

Directora de la colección:
Maite Malagón
Editora ejecutiva:
Yolanda Caja
Edición:
Marta Olivares
Dirección de arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Rosa Marín, Julia Ortega y Laura Ruiz

Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Mark Twain

TOM SAWYER

loqueleo

LAS AVENTURAS DE TOM SAWYER

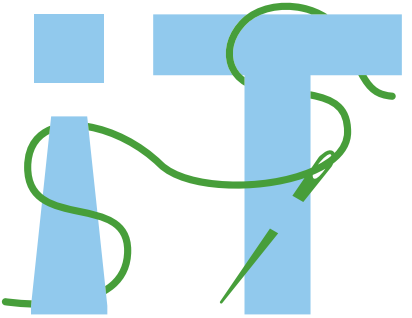
Muchas de las aventuras recogidas en este libro ocurrieron realmente. Una o dos fueron experiencias mías, las demás, de compañeros de mi infancia. Huck Finn está tomado de la realidad. Tom Sawyer también, pero no de un solo individuo; es una combinación de las características de tres chicos a quienes conocí.

Las extrañas supersticiones que se mencionan eran corrientes entre los niños y los esclavos en el Oeste durante la época de esta historia (es decir, hace treinta o cuarenta años).

Aunque este libro está dirigido principalmente al entretenimiento de niños y niñas, espero que eso no implique un rechazo por parte de los adultos, ya que parte de mi plan consiste en recordarles de un modo agradable lo que una vez fueron, lo que sintieron y pensaron y dijeron, y las extrañas aventuras en las que de vez en cuando se embarcaban.

El autor.
Hartford, 1876

CAPÍTULO 1



OM!

No hubo respuesta.

—¡TOM!

No hubo respuesta.

—Dónde está ese chico, ¿se puede saber? ¡TOM!

No hubo respuesta.

La anciana se deslizó las gafas hacia abajo y miró por encima de ellas hacia la habitación. Después se las subió y miró por debajo. Nunca miraba directamente a través de los cristales por algo tan poco importante como un niño. Eran sus gafas de los domingos, el orgullo de su corazón, y las llevaba por elegancia, no por necesidad. Habría visto igual de bien a través de las arandelas de los fogones.

Durante un instante, pareció perpleja. Después, sin irritación, pero con voz firme, dijo:

—Ya verás, cuando te ponga la mano encima te voy a...

No terminó la frase porque mientras tanto había cogido la escoba y estaba hurgando con ella debajo de la cama. Necesitaba todo su aliento para cobrar fuerzas entre escobazo y escobazo. Pero lo único que terminó saliendo de allí debajo fue el gato.

—¡Jamás he visto un chico como este!

Fue a la puerta abierta y miró hacia las tomateras del jardín. Ni rastro de Tom. Así que alzó la voz en un ángulo calculado para las grandes distancias y gritó:

—¡¡Ehhh, Tom!!

Oyó un ligero ruido detrás de ella y se volvió justo a tiempo para atrapar a un niño por los bajos de la chaqueta e impedirle la huida.

—Claro. Tenía que haber mirado en el armario. ¿Qué estabas haciendo ahí?

—Nada.

—¿Nada? Mírate las manos. Y la boca. ¿Qué es esa porquería?

—No lo sé, tía.

—Pues yo sí. Es mermelada. Eso es lo que es. Te he dicho cuarenta veces que, si no dejas en paz la mermelada, te voy a arrancar la piel. Dame esa vara.

La vara silbó en el aire. El peligro era extremo...

—¡Tía, mira! ¡Detrás de ti!

La anciana señora se dio la vuelta, recogiéndose las faldas por si acaso. El chico huyó al instante, saltó la alta valla de madera y desapareció tras ella.

La tía Polly se quedó mirando sorprendida un momento, y después se echó a reír bondadosamente.

—Maldito chico, ¿es que nunca voy a aprender con él? Como si no me la hubiese jugado ya las veces suficientes como para que no me pillase desprevenida, a estas alturas... Pero no hay peor tonto que un tonto viejo. Como dice el refrán, un perro viejo no aprende trucos nuevos. Pero Dios sabe que nunca te la juega igual dos veces seguidas. Parece que sabe exactamente hasta dónde atormentarme sin hacerme estallar, y también sabe que, si me distrae un momento o me hace reír, se me pasa todo y soy incapaz de pegarle. No estoy cumpliendo mi deber con ese chico, bien lo sabe Dios. «El que no usa la vara arruina al niño», como dice la Biblia. Parece que tiene el diablo dentro, pero ¡qué le vamos a hacer! Es hijo de mi difunta hermana, el pobre, y no tengo corazón para pegarle. Cada vez que le dejo escapar, me siento culpable, y cada vez que consigo pegarle, se me parte el alma en dos. Esta tarde va a hacer novillos, seguro, y mañana me veré obligada a hacerle trabajar como castigo. Es muy duro tener que hacerle trabajar un sábado, cuando todos los chicos tienen vacaciones, pero odia el trabajo más que ninguna otra cosa en el mundo, y tengo que cumplir mi deber con él, o terminaré siendo la ruina de ese muchacho.

Tom hizo novillos, efectivamente, y se lo pasó muy bien. Llegó a casa justo a tiempo para ayudar a Jim, el chico de color, a serrar la leña para el día siguiente y a partir unas astillas antes de la cena... o, más bien, llegó a tiempo para contarle a Jim sus aventuras mientras Jim hacía las tres cuartas partes del trabajo. El hermanastro pequeño de Tom, Sid, ya había

hecho su parte de la tarea (que consistía en recoger las astillas), porque era un niño tranquilo y sin ningún espíritu aventurero.

Mientras Tom estaba cenando y robando azúcar cada vez que se le presentaba la oportunidad, la tía Polly le empezó a hacer preguntas llenas de segunda intención, porque quería hacerle caer en la trampa y que él mismo se delatase. Como otras muchas almas sencillas, creía poseer un talento especial para la diplomacia oscura y misteriosa, y sus torpes estratagemas le parecían maravillosas muestras de astucia. Empezó diciendo:

—Tom, hacía calor en la escuela, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Mucho calor, ¿a que sí?

—Sí, señora.

—¿Y no te entraron ganas de darte un baño, Tom?

A Tom le entró cierta aprensión, porque empezó a sospechar algo. Estudió la cara de la tía Polly, pero no sacó nada en claro. Así que dijo:

—No... Bueno, no muchas.

La dama alargó la mano para tocar la camisa de Tom, y añadió:

—Pero ahora no tienes mucho calor, por lo que veo. —Y se felicitó por haber comprobado que la camisa estaba seca sin que nadie descubriese que esa era su intención. Pero, a pesar de todo, Tom ya sabía ahora de dónde soplaba el viento, así que le pareció que lo mejor era tomar la delantera:

—Algunos nos echamos agua por la cabeza con las bombas. La mía todavía está mojada, ¿lo ve?

La tía Polly se disgustó al comprender que había pasado por alto aquella prueba tan demoledora y que el truco le había salido mal. Pero entonces tuvo una nueva idea.

—Tom, supongo que no te dedicarías a descoser el cuello de la camisa antes de echarte agua por la cabeza, ¿verdad? ¡Desabróchate la chaqueta!

El rostro de Tom reflejó alivio. Se abrió la chaqueta. El cuello de la camisa estaba cosido y bien cosido.

—Bueno..., vete de aquí, anda. Estaba segura de que habías hecho novillos y te habías ido a nadar..., pero te perdono, Tom. Parece que hoy no te has portado tan mal.

Estaba medio enfadada por haberse equivocado en sus astutas suposiciones, y medio contenta de que Tom, por una vez, se hubiese comportado de manera obediente.

Pero Sidney dijo:

—Pues yo pensaba que le habías cosido el cuello con hilo blanco, pero ahora es negro.

—¿Cómo? Claro que lo cosí con blanco. ¡Tom!

Tom no esperó a ver qué sucedía. Mientras salía por la puerta, dijo:

—Sid, me las pagarás por esto.

Cuando llegó a un lugar seguro examinó las dos largas agujas que llevaba clavadas en la solapa de la chaqueta: una con hilo blanco y otra con negro.

—Nunca lo habría descubierto si no hubiera sido por Sid —dijo—. ¡Maldito! A veces lo cose con blanco, y a veces, con negro. Ojalá se decidiera de una vez por un color o por otro... Así no hay manera de aclararse. Pero ya le arreglaré yo las cuentas a Sid. ¡Le enseñaré lo que es bueno!

En dos minutos o menos había olvidado todos sus problemas. No porque fuesen menos graves para él que los problemas de un adulto, sino porque un nuevo y poderoso interés los apartó de su mente. Este nuevo interés era un silbido que le había enseñado un negro y que practicaba cuando estaba a solas. Consistía en una especie de trino de pájaro, un gorjeo líquido que se conseguía poniendo la lengua en el paladar a intervalos cortos mientras salía el sonido..., probablemente, si el lector ha sido niño alguna vez, recordará cómo se hacía. La constancia y el empeño no tardaron en dar sus frutos, y bajó la calle con la boca llena de armonía y el alma llena de gratitud. Se sentía como un astrónomo que acaba de descubrir un nuevo planeta..., aunque si hubiera que medir el contento y el placer de cada uno, sin duda el niño ganaría al astrónomo.

Las tardes de verano eran largas. Todavía no había oscurecido. Después de un rato, Tom dejó de silbar. Tenía enfrente a un desconocido, un chico un poco más alto que él. Cualquier forastero, fuese cual fuese su sexo o edad, suponía un impresionante motivo de curiosidad para la diminuta aldea de San Petersburgo. Y, además, aquel chico iba bien vestido..., ¡bien vestido en un día de diario! Aquello era sencillamente asombroso. Su gorra parecía recién estrenada, su chaqueta de paño azul abotonada hasta el cuello

era nueva y elegante, lo mismo que sus pantalones. Y llevaba zapatos... ¡aunque todavía era viernes! Incluso llevaba una corbata, una cinta de color brillante. Tenía un aspecto tan civilizado que a Tom se le revolvieron las entrañas. Cuanto más miraba aquella espléndida maravilla, más le irritaba su cursilería, y más pobre y raída le parecía su propia ropa.

Ninguno de los dos habló. Si se movía uno, se movía el otro..., pero de lado, trazando un círculo. No dejaban de mirarse cara a cara. Al final, Tom dijo:

—¡A que te doy!

—Atrévete a intentarlo.

—Puedo hacerlo.

—No, no puedes.

—Sí puedo.

—No puedes.

—Puedo.

—No puedes.

—¡Puedo!

—¡No puedes!

Se hizo una pausa incómoda. Entonces Tom dijo:

—¿Cómo te llamas?

—No es asunto tuyo, creo.

—Pues sí es asunto mío, porque me da la gana.

—Venga, dame si te atreves.

—Como me provoques, te doy.

—Sí, sí, sí. Seguro.

—Te crees muy listo, ¿no? Te podría dar una paliza con una mano atada a la espalda, si quisiera.

—Entonces, ¿por qué no lo haces? Si dices que puedes hacerlo...

—Lo haré, si sigues metiéndote conmigo.

—Sí, ya... he visto a familias enteras en esa situación.

—¡Listillo! Te crees alguien, ¿verdad? Mira qué gorra...

—Si no te gusta, intenta quitármela. Ahora que, el que lo intente se va a arrepentir.

—¡Eres un mentiroso!

—Y tú otro.

—Eres un asqueroso embustero y además un gallina.

—Anda..., ¡vete a paseo!

—Mira..., como sigas así te voy a tirar una piedra a la cabeza.

—Sí, claro.

—Claro que sí.

—Pues ¿por qué no lo haces? ¿Por qué no dejas de decir lo que vas a hacer y lo haces? Te lo digo yo: porque tienes miedo.

—No tengo miedo.

—Sí lo tienes.

—No.

—Sí.

Otra pausa, y más miradas mientras se deslizaban uno alrededor del otro. Terminaron chocando hombro con hombro. Tom dijo:

—¡Vete de aquí!

—¡Vete tú!

—No pienso irme.

—Pues yo tampoco.

Y así se quedaron, cada uno con una pierna firmemente plantada en el suelo para darse impulso, empujándose con todas sus fuerzas y mirándose con odio. Pero ninguno sacaba ventaja. Después de esforzarse hasta ponerse colorados del calor, relajaron un poco el cuerpo, aunque seguían observándose con desconfianza, y Tom dijo:

—Eres un cobarde y un bebé. Le hablaré de ti a mi hermano mayor, que puede hacerte pedazos con su dedo meñique. Le diré que lo haga.

—¿Y a mí qué me importa tu hermano mayor? Yo tengo un hermano más grande que el tuyo... y, además, es capaz de lanzar al tuyo por encima de esa valla. (Los dos hermanos eran imaginarios).

—Eso es mentira.

—Porque tú lo digas.

Tom trazó una línea en el polvo con el pie y dijo:

—Te reto a que pases esta línea, y te daré una paliza hasta que no te puedas tener en pie. Cualquiera que cruce esta línea lo pagará caro.

El chico nuevo la cruzó de inmediato, y dijo:

—A ver si es verdad. A ver si haces lo que has dicho que vas a hacer.

—No me provoques. Más vale que andes con cuidado.

—Ya, ya. Dijiste que lo harías. ¿Por qué no lo haces?

—Demonios... Lo haré si me das dos centavos.

El chico nuevo se sacó del bolsillo dos monedas de cobre y se las tiró con desprecio. Tom las arrojó al suelo. En un momento los dos chicos estaban enzarzados y rodando por el suelo como dos gatos. Y durante un minuto se dedicaron a tirarse uno a otro del pelo y de la ropa, a darse puñetazos y a arañarse la nariz, hasta que los dos quedaron cubiertos de polvo y de gloria. Poco a poco, el remolino fue tomando forma, y en medio de la neblina de la pelea emergió Tom sentado a horcajadas sobre el muchacho nuevo y pegándole con los puños.

—¡Ríndete! —decía.

El chico forcejeaba para liberarse. Estaba llorando, más por rabia que por otra cosa.

—¡Ríndete! —Y los puñetazos seguían cayendo.

El otro terminó soltando un débil «me rindo». Tom le dejó levantarse y le dijo:

—Esto te enseñará. La próxima vez, ten cuidado cuando te metas con alguien.

El chico se alejó sacudiéndose el polvo de la ropa, sollozando, moqueando y mirando de vez en cuando hacia atrás mientras meneaba la cabeza y amenazaba a Tom con «la próxima vez que le cogiera». A lo que Tom respondía con burlas, y luego partió en dirección contraria de muy buen humor, pero, tan pronto como se dio la vuelta, el chico nuevo cogió una piedra, se la lanzó y le acertó entre los hombros, y luego salió huyendo como un antílope. Tom lo persiguió hasta su casa, y así se enteró

de dónde vivía. Después se quedó vigilando un rato, retando al enemigo a que saliera, pero el enemigo se negaba y se limitaba a hacerle muecas a través de la ventana. Al final, apareció la madre del enemigo, llamó a Tom chico vulgar, malvado y vicioso, y le ordenó que se fuera, así que se fue, pero jurando por lo bajo que se las pagarían.

Esa noche llegó a casa bastante tarde. Trepó silenciosamente hasta la ventana y, cuando cayó dentro, se encontró emboscada a su tía, que lo estaba esperando. Al ver en qué estado traía la ropa, la mujer se reafirmó en su decisión de castigarlo y de sustituir el descanso del sábado por una jornada de cautividad y duro trabajo.

CAPÍTULO 2

Llegó el sábado por la mañana, cargado de vida y aromas veraniegos. En cada corazón sonaba una canción; y si se trataba de un corazón joven, la canción subía a los labios. Había alegría en todos los rostros y animación en cada paso. Las acacias estaban en flor y su fragancia llenaba el aire. El monte de Cardiff, a las afueras del pueblo, se alzaba cubierto de verde vegetación, y justo a la distancia precisa para mostrarse como una encantadora tierra prometida que invitaba al descanso y al sueño.

Tom apareció en la calle con un cubo de cal y una brocha con el mango muy largo. Examinó la valla. Toda su alegría le abandonó, y una profunda melancolía se apoderó de su espíritu. Treinta yardas de valla de nueve pies de altura. La vida le parecía vacía, la existencia, una carga. Suspirando, hundió la brocha en la mezcla y la deslizó por el tablón de arriba. Repitió la operación. Lo hizo otra vez. Comparó la insignificante franja blanca con el inmenso continente de la valla sin blanquear y se sentó debajo de un árbol, descorazonado.

Jim salió brincando y cantando por el portón con un cubo de zinc. A Tom, ir a buscar agua a la fuente del pueblo siempre le había parecido una tarea odiosa, pero ahora ya no se lo parecía tanto. Recordó que siempre había gente en la fuente. Chicos y chicas blancos, mulatos y negros esperaban su turno descansando, cambiándose cosas, discutiendo, peleándose o bromeando. Y recordó que, aunque la fuente estaba solo a unas ciento cincuenta yardas, Jim siempre tardaba en volver como mínimo una hora, y eso después de que alguien fuera a buscarlo. Así que le dijo:

—Oye, Jim, voy yo a por el agua si tú pintas aquí un poco.

Jim meneó la cabeza y contestó:

—No puedo, amo Tom. La señora me dijo que fuera a por el agua y que no me entretuviera con nadie. Me dijo que el amo Tom me pediría que encalase, y me dijo que me ocupara de mis asuntos y que ella se ocuparía del encalado.

—Da igual lo que te haya dicho, Jim. Ella siempre dice cosas así. Dame el cubo. Solo tardaré un minuto. Nunca se enterará.

—No me atrevo, amo Tom. El ama vieja me va a arrancar la cabeza. Seguro que sí.

—¿Ella? Si nunca pega a nadie... Te da unos golpecitos en la cabeza con el dedal..., ¿a quién le va a importar eso? Amenaza mucho, pero las amenazas no duelen, solo cuando se echa a llorar. Jim, te daré una canica. Te daré una de las blancas.

Jim comenzó a vacilar.

—Una blanca, Jim. De las mejores.

—¡Vaya! Esas son muy raras. Pero, amo Tom, me da miedo el ama...

—Y, además, te enseñaré la herida del dedo del pie.

Jim era un simple mortal, y aquello suponía demasiada tentación para él. Posó el cubo, cogió la canica y se agachó a ver el dedo con gran interés mientras Tom se quitaba la venda. Un instante después, volaba calle abajo sujetando el cubo y con el trasero dolorido, mientras Tom pintaba la valla con vigorosos brochazos, y la tía Polly se retiraba del campo de batalla con una zapatilla en la mano y un brillo de triunfo en la mirada.

Pero a Tom no le duró mucho la energía. Empezó a pensar en las diversiones que había planeado para ese día y su tristeza se multiplicó. Enseguida aparecerían los chicos que no estaban castigados de camino a toda clase de expediciones interesantes, y se burlarían de él hasta reventar de risa por tener que trabajar... Solo de pensarlo le ardía la cara. Sacó todos sus tesoros del bolsillo y los examinó: juguetes rotos, canicas y desperdicios. Lo suficiente para comprar un intercambio de trabajo, quizá, pero ni la mitad de lo que necesitaba para comprar media hora de libertad total. Así que devolvió sus riquezas al bolsillo y renunció a la idea de sobornar a los chicos. Pero en ese momento oscuro y desesperado tuvo una inspiración. Nada menos que una inspiración increíble, magnífica.

Cogió la brocha y se puso a trabajar tranquilamente. Al poco rato apareció Ben Rogers. Venía comiéndose una manzana, y de vez en cuando lanzaba un musical pitido seguido de un profundo

tolón, tolón, porque estaba jugando a que era un barco de vapor. Al acercarse disminuyó la velocidad, se inclinó a estribor y maniobró con mucho cuidado para detenerse, porque era el Gran Misuri, un barco con un calado de nueve pies. En realidad, era al mismo tiempo el barco, el capitán y la campana de la sala de máquinas, con lo que se le multiplicaba el trabajo.

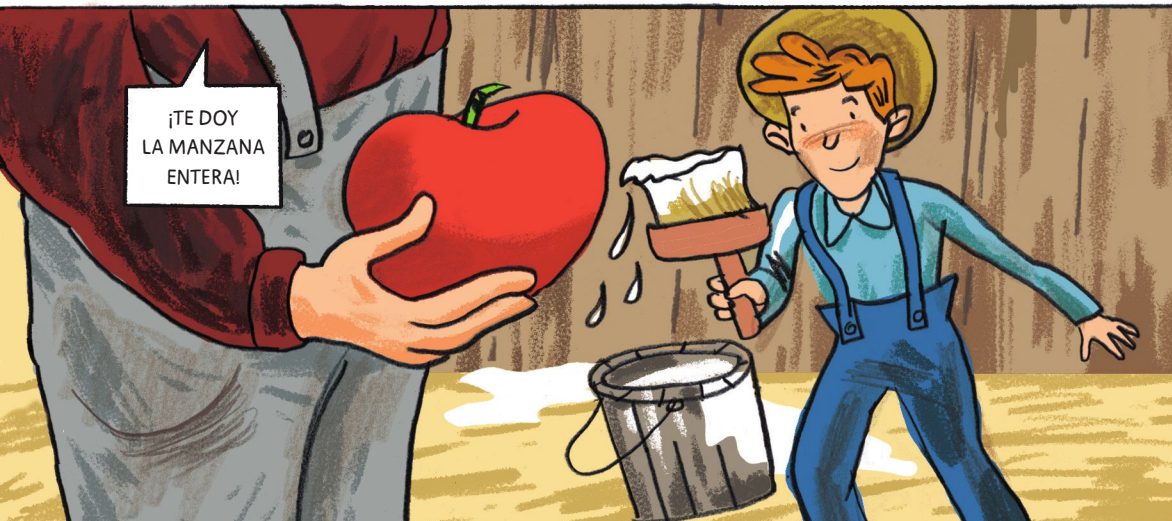
¡ALTO A BABOR! TOLÓN, TOLÓN...
¡PARADOS LOS MOTORES, SEÑOR! TOLÓN, TOLÓN. ¡CHISS, CHISS!
¡CHISS, CHISS! EH, TOM...
¡AH, HOLA, BEN! NO TE HABÍA VISTO.

¿VIENES A NADAR? PERO NO PUEDES, TIENES TRABAJO...
¿A QUÉ LLAMAS TRABAJO?
PUES A ESO QUE ESTÁS HACIENDO, ¿NO?
PARA MÍ NO ES TRABAJO.

NO IRÁS A DECIRME QUE TE GUSTA...
¿CÓMO NO ME VA A GUSTAR? ESTO NO SE LO DEJAN HACER A UNO TODOS LOS DÍAS.
TOM, DÉJAME PINTAR UN POCO.

NO, BEN. ESTO NO LO SABE HACER CUALQUIERA.
POR FAVOR...

TÚ NO PUEDES HACERLO. ES DEMASIADA RESPONSABILIDAD.
LO HARÉ CON MUCHO CUIDADO, COMO TÚ. MIRA, TE DOY MEDIA MANZANA...


¡TE DOY LA MANZANA ENTERA!

Tom le cedió la brocha con cara de disgusto y con el alma llena de entusiasmo. Y mientras el exvapor Gran Misuri trabajaba y sudaba al sol, el artista retirado se sentó en un barril a la sombra balanceando las piernas, se comió la manzana y se dedicó a planear su ataque a los próximos inocentes.

No le faltaron candidatos. Cada dos por tres pasaba algún chico. Se acercaba a burlarse, pero se quedaba a encalar. Para cuando Ben se rindió, agotado, Tom le había vendido el siguiente turno a Billy Fisher a cambio de una cometa en buen estado. Y cuando este no pudo más, Johnny Miller compró un turno a cambio de una rata muerta y una cuerda para llevarla..., y así hora tras hora. Hacia la mitad de la tarde, el muchacho, que por la mañana se hallaba sumido en la pobreza, nadaba en la abundancia. Además de las cosas ya mencionadas, tenía doce canicas, la mitad de un birimbao, un trozo de vidrio de botella azul para mirar por él, un carrete, una llave que no servía para abrir nada, un pedazo de tiza, un tapón de cristal, un soldado de plomo, un par de renacuajos, seis petardos, un gatito con un solo ojo, un llamador de bronce, un collar de perro (sin el perro), el mango de un cuchillo, cuatro cáscaras de naranja y un marco de ventana roto.

Había pasado un rato de ocio estupendo, bien acompañado, y la valla tenía tres capas de cal. Si no se hubiese quedado sin pintura, habría dejado sin blanca a todos los chicos del pueblo.

Tom se dijo a sí mismo que el mundo, después de todo, no estaba tan mal. Había descubierto, sin saberlo, una importante ley del comportamiento humano, a saber: que si quieres que un hombre o un chico desee algo, solo tienes que hacer que sea una cosa difícil de conseguir. Si hubiese sido algo mayor e inclinado a la filosofía, como el escritor de este libro, habría comprendido que el TRABAJO consiste en lo que uno se ve obligado a hacer, y el JUEGO es lo que uno no hace por obligación. Y eso le habría ayudado a entender por qué confeccionar flores artificiales o mover una rueda de molino es trabajo, mientras que jugar a los bolos o escalar el Mont Blanc es solo diversión. Hay caballeros ricos en Inglaterra que todos los días conducen un carruaje de cuatro caballos a lo largo de veinte o treinta millas simplemente porque ese privilegio les cuesta una fortuna. En cambio, si les ofrecieran un pago por el servicio, lo rechazarían, porque sería trabajo.

El muchacho reflexionó un rato sobre el cambio sustancial que se había producido en su situación mundana, y después se dirigió al cuartel general para dar el parte de la jornada.